UNA EDICIÓN OLVIDADA DE *TEÁGENES Y CARICLEA* DE HELIODORO

El innegable influjo de Heliodoro en la preceptiva y la narrativa de nuestro Siglo de Oro parece estar en contradicción con el escaso número de las ediciones de *Teágenes y Cariclea* durante dicha época. Como señalaba Francisco López Estrada en uno de los mejores estudios dedicados a la influencia de dicha obra en nuestras letras,[1] «no parece que estas seis

[1] Los estudios más destacados sobre este tema, por orden cronológico, son los siguientes: J. L. Estelrich, «La novela griega en España (notas bibliográficas)», *Revista Contemporánea*, CXIX, año XXVI (15 de julio de 1900), pp. 26-44; M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela* (1905), Santander, Aldus, 1943, vol. II, pp. 70-88; A. Vilanova, «El peregrino andante en el *Persiles* de Cervantes» (1949), ahora en *Erasmo y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989, pp. 326-409; A. Martín Gabriel, «Heliodoro y las novelas españolas», *CL*, VII (1950), pp. 215-234; F. López Estrada, introducción a Heliodoro, *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, Madrid, Real Academia Española, 1954, pp. VII-LXXXIII; E. Carilla, «La novela bizanitna en España», *RFE*, XLIX (1966), pp. 275-287, y «Cervantes y la novela bizantina», *RFE*, L (1968), pp. 155-167; C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, Istmo, 1988[2]; M. A. Teijeiro, *La novela bizantina. Apuntes para una revisión del género*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1988; Antonio Cruz, «*Los amantes peregrinos Angelia y Lucenrique*»: *un libro de aventuras peregrinas inédito*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1989; y nuestra tesis *La novela bizantina española, características y desarrollo*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1944.

ediciones se correspondan con la fama de que está rodeado el libro», por lo que cabe pensar también en la difusión de la novela en versiones en otras lenguas.[2]

En efecto, si examinamos la información recogida hasta hoy en dichos estudios, además de las noticias referentes a una traducción realizada por Francisco de Vergara, perdida cuando se hallaba preparada para la impresión hacia 1548, así como otras informaciones menos atendibles,[3] sólo tenemos noticia de seis ediciones durante los siglos XVI y XVII:

1. La traducción anónima, según la versión francesa de Amyot, de la que se conocen dos ediciones: Amberes, Martín Nucio, 1554 (A); y Salamanca, Pedro Lasso, 1581, con aprobación de 1580 (S).[4]

2. La traducción de Fernando de Mena, de la que conocemos estas ediciones: Alcalá de Henares, Juan Gracián, 1587, aunque con aprobación de 1585 (AH); Barcelona, Gerónimo

---

[2] «Y esto creo que pudo ocurrir por tratarse de una obra culta, cuya difusión se realizaría en España no sólo por la versión castellana, sino también por las traducciones latina, italiana y francesa, además del texto griego», prosigue afirmando López Estrada, *ob. cit.*, p. XX. También Riley (*Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1989, p. 93) sostiene «la novela bizantina no llegó a ser tan universalmente popular como lo había sido el *Amadís*. Heliodoro era el autor predilecto de los humanistas, y eran los intelectuales más cultivados —hombres y mujeres— quienes se entretenían con la lectura de la *Historia etiópica*».

[3] Nos referimos a la versión en quintillas de Collado del Hierro, del que ofrece un fragmento Pellicer en *El fénix y su historia natural* (reproducido por López Estrada, *ob. cit.*, p. LXXXV), así como la traducción de Tamayo de Vargas citada por él mismo en sus anotaciones a Garcilaso (ver A. Gallego Morell, ed., *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid, Gredos, 1972², pp. 627-628).

[4] Emilio Crespo, en su introducción a *Las etiópicas o Teágenes y Cariclea*, Madrid, Gredos, 1979, p. 46, añade «otra en Alcalá, 1585», de la que no ofrece más noticia, y que no ha sido mencionada en los estudios citados anteriormente. Creemos que debe de tratarse de una confusión con la primera edición de Mena.

Margarit, 1614, cuyo colofón es de 1615 (B); Madrid, Alonso Martín, 1615 (M); y París, Pedro Le-Mur, 1616 (P).[5]

Además de la lectura de la obra en otras versiones apuntada por López Estrada, se ha sugerido la posible existencia de otras ediciones españolas desaparecidas,[6] hipótesis que se apoya en varias alusiones que aparecen en los preliminares de las ediciones ya mencionadas. En especial, la licencia de S, en teoría la segunda edición de la novela, sugiere un mayor número de impresiones anteriores:

> otras vezes auía sido impresso vn libro intitulado Theágenes y Chariaclea, el qual auía sido impresso otras vezes con licencia nuestra y era libro que auía mucha falta dél, y no se hallaua ninguno.

Asimismo, en la dedicatoria de Juan Gracián, impresor de AH, encontramos una nueva indicación sobre la difusión de la novela en la misma versión anónima: «otras veces ha sido impreso lo sustancial dél, pero no con la claridad, distinción y apacible estilo que ahora».[7]

Creemos que no ha sido señalada hasta hoy, salvo alguna referencia ocasional,[8] la existencia de una edición cuya fecha

---

[5] Existe otra edición muy posterior: Madrid, Andrés de Sotos, 1722. Recordemos, por último, la versión de Fernando Manuel de Castillejo, *La nueva Cariclea o nueva traducción de la novela Theágenes y Cariclea*, Madrid, Manuel Román, 1722. Para una descripción de estas ediciones, ver los estudios de López Estrada y Teijeiro.

[6] Teijeiro, *ob. cit.*, p. 41, afirma que el prólogo de Gerónimo Margarit «ha infundado (*sic*) serias sospechas de que hubiesen existido nuevas ediciones, no conservadas hoy, entre los años 1554 y 1587». Sin embargo, no existe tal prólogo de Margarit, ya que se reproduce el de Juan Gracián. Sólo la aprobación da pie a dichas suposiciones, como veremos.

[7] También la aprobación de B insiste en la misma línea: «me parece se puede imprimir de nueuo, como ya muchas vezes a sido impressa en nuestra España».

[8] Además de las lógicas referencias en los distintos catálogos de las dos bibliotecas en que aparece, encontramos una alusión mínima (sólo lugar y fecha de impresión) en T. S. Beardsley, *Hispano Classical Translations*, Pensylvania, Duquesne, 1970, pp. 59-60; y en la tesis doc-

y lugar de publicación permiten explicar algunos fenómenos de la temprana penetración de los modelos de la novela griega en la narrativa del siglo XVI, sin necesidad de recurrir exclusivamente a la lectura del original o traducciones en otras lenguas. Se trata de un volumen en 8.º publicado en Toledo, 1563 (T), que reproduce la versión anónima de Amberes,[9] del que ofrecemos una somera descripción.[10]

> (*Dibujo*) LA MVY DE- / leytosa y agradable / historia delos afortunados amantes Theá- / genes y Chariclea, según la escri / uió Heliodoro. / DE GRIEGO TRADV- / zida en castellano agora nueuamente. / (*Grabado con la inscripción* Laboramus operantes manibus nostris, *y las iniciales del impresor* FDG) / EN TOLEDO. / En casa de Francisco de Guzmán. Año de / M. D. LXIII.
>
> Fol. 1 v.º Envío del texto por parte de Mateo López para su examen (febrero de 1563). Aprobación del Licenciado Lobo y Licencia de Diego Pantoja, notario (ambas con fecha de ocho de marzo de mil quinientos sesenta y tres). Fols. 2-2 v.º: Argumento del traductor a los lectores. Fols. 3-243 r.º: texto de la novela.

El texto del prólogo, debido quizá al propio impresor o a Mateo López, quien aparece en los preliminares como la persona que envía el texto para su aprobación, es radicalmente distinto al de la edición de 1554, que reproducía el original de Amyot.[11] En él se destacan los dos rasgos que mayor inciden-

---

toral (inédita) de Ruth Horne, *Lope de Vega's «Peregrino en su patria» and the romance of adventure in Spain before 1604*, Brown University, 1946.

[9] En la ficha reproducida en el catálogo de la Hispanic Society of America, aparece la siguiente atribución errónea: «(Traslator, Fernando de Mena)». No hemos apreciado, al margen de ciertas prácticas ortográficas, diferencias entre la versión de 1554 y la de 1563.

[10] Sólo hemos visto ejemplares de la misma en la Hispanic Society of America y en la Biblioteca de la Universidad de Harvard. Por su interés y rareza, transcribimos el texto del prólogo como apéndice de estas páginas. La acentuación y la puntuación siguen las reglas ortográficas actuales y se desarrollan todas las abreviaturas.

[11] Dicho prólogo y traducción fueron atribuidos erróneamente por Beardsley, *ob. cit.*, pp. 44-45, a Diego Gracián de Aldrete.

cia tendrán sobre nuestra narrativa: la ejemplaridad excepcional de los dos protagonistas y el principio *in medias res,* insistiendo en el efecto que dicho recurso de *dispositio* causa en el ánimo del lector mediante el término suspensión, uno de los más utilizados para referirse a las virtudes del novelista griego.[12]

Si la edición de Amberes parecía insuficiente para explicar el influjo inicial de la novela de Heliodoro en nuestras letras, quizá esta edición que hemos destacado nos permite entender mejor algunos fenómenos literarios de mediados del siglo XVI. En primer lugar, las alusiones más tempranas a la obra de Heliodoro, inmediatamente posteriores todas ellas a esta edición toledana.[13] En segundo lugar, la traducción de Fer-

---

12 En la que posiblemente es una de las primeras alusiones de este tipo, J. C. Scaligero (*Poetices libri septem,* s. l., Antonium Vicentium, 1561, p. 144a) subraya el carácter modélico del inicio de la novela de Heliodoro: «Hoc ipsum igitur quod pro principio sumes, ne statuas in principio, ita enim auditoris animus est suspensus: querit enim quod nondum extat. Ea sanè vel vnica vel praecipua virtus, auditorem quasi captiuum detinere. [...] Hanc disponendi rationem splendidissimam habes in Aethiopica historia Heliodori. Quem librum epico Poetae censeo accuratissimè legendum, ac quasi pro optimo exemplari sibi proponendum». Recordemos también que López Pinciano, en su *Philosophia antigua poética,* Madrid, CSIC, 1973, vol. III, p. 207, afirma la supremacía del novelista de Émesa en la utilización de este recurso, frente a otros modelos de épica: «Heliodoro guardó esso más que ningún otro poeta, porque Homero no lo guardó con esse rigor, a lo menos en la Ilíada, ni aun en la Vlysea si bien se mira; y, si miramos a Virgilio, tampoco començó del medio». La justificación del principio *in medias res,* apoyándose exclusivamente en las autoridades de Homero y Virgilio, resultaba problemática, como vemos en las *Tablas poéticas* y en las *Cartas filológicas* de Cascales, preceptista que, por cierto, parece reprochar la novela de Heliodoro, a quien no cita en ninguna de ambas obras. A este respecto, ver nuestro artículo «Heliodoro, Aquiles Tacio y los preceptistas españoles», en prensa.

13 Además de las alusiones de Arbolanche (1566) que mencionaremos más adelante, recordemos la referencia explícita de Bartolomé Villalba en su *Pelegrino curioso* (¿1577?) a la versión anónima: «También *La Etiópica* de Heliodoro, / traducida, la muerden los alanos; / ¡dichoso él, que lo hizo tan secreto, / que a nombrarse, se viera en gran aprieto!» (en López Estrada, *ob. cit.,* p. XIX); así como la apa-

nando de Mena, quien aparece en la portada de *AH* como «vezino de Toledo», por lo que pudo conocer esta edición, lo que le impulsó a intentar superarla, siendo más fiel al texto original a través de una versión latina cotejada con la griega, frente a la falsedad da la versión anónima en *T* que se presenta como una traducción directa del griego.[14] Posiblemente, también el título de la versión de Mena encuentra su origen en esa misma edición, que prefiere el nombre de los dos protagonistas al clásico de *Historia etiópica*.[15]

Mayor interés tiene esta edición en el posible influjo sobre la narrativa pastoril,[16] ya que precisamente en esas fechas los libros de pastores empiezan a mostrar una tendencia a la inclusión de episodios narrativos de indudable procedencia heliodoriana como recurso dinamizador del estatismo de la obra iniciadora del género, la *Diana* de Montemayor.[17] La primera y

---

rición de la considerada comúnmente como segunda obra del género, la *Selva de aventuras* (1565) de J. de Contreras, cuya segunda versión (1582), más fiel a los modelos griegos, cuenta con licencia de 1575.

[14] Mientras *A* no oculta su origen francés («Trasladada de francés en vulgar castellano»), la edición que comentamos se presenta, como ya hemos indicado, «De griego tradvzida en castellano agora nueuamente».

[15] Recordemos que *A* y *S* titulan la novela *Historia etiópica*, mientras que a partir de la edición que comentamos, *AH*, *B* y *P* prefieren el título de *La historia de los dos leales amantes Teágenes* y *Cariclea* (*M* funde los dos títulos). La cuestión llega hasta Pellicer, quien en *El fénix y su historia natural*, Madrid, Imprenta del Reino, 1630, fols. 165-167, discute con su habitual erudición el título exacto de la obra, siendo partidario del primero.

[16] Y también en los libros de caballerías, como puede observarse en *Lidamarte de Armenia* (1568) de Frías y Balboa, en que aparecen como historias interpoladas las aventuras relatadas por Heliodoro y Longo. Ver Marie Lee Cozad, *An annotated edition of a sixteenth-century novel of chilvalry: Damasio de Frías y Balboa's «Lidamarte de Armenia»*, Ann Arbor, University Microfilms International, 1988.

[17] Otro elemento constitutivo del género y de origen clásico, la utilización de las analepsis metadiegéticas como recurso estructural, se daba ya en dicha novela como ha analizado A. Egido en su artículo «Contar en la *Diana*», *Formas breves del relato*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1985, pp. 137-155.

más significativa muestra de este fenómeno es la *Diana enamorada* de Gil Polo (1565). Como acusa un año después Jerónimo Arbolanche en el prólogo de *Las abidas*, una de las continuaciones de la obra inaugural del género imita deliberadamente la novela de Heliodoro.[18] Aunque López Estrada identifica el plagio en la historia de Ismenia que desarrolla el motivo de la madrastra desdeñada del relato de Cnemón,[19] creemos que Arbolanche puede hacer referencia con igual o mayor motivo a la historia de Marcelio, que sigue fielmente las pautas de la denominada novela bizantina: la separación de los amantes por naufragio, la traición del piloto, las peripecias en la búsqueda, el reencuentro y la boda final.[20]

En conclusión, creemos que algunas de las primeras manifestaciones de la tradición heliodoriana española pueden proceder de esta versión olvidada por la crítica.

---

[18] Jerónimo Arbolanche, *Las abidas*, ed. de F. González Ollé, Madrid, C.S.I.C., 1972, vol. II, pp. 360-361: «Como vno que trobó no sé qué parte / de la *Diana* hurtando de Heliodoro, / y menos sé quién dizen que lo ha hecho; / hágale com quiera buen prouecho».

[19] López Estrada, *ob. cit.*, p. XXI, quien sigue la opinión de Barth, el traductor al latín de la obra de Gil Polo. El motivo, sin embargo, se encuentra en numerosas obras de la tradición clásica como, por ejemplo, las tragedias sobre Fedra e Hipólito, sin contar con la transmisión folclórica del motivo denominado «La mujer de Putifar».

[20] Del mismo modo, en la novela de Antonio de Lofrasso, *Los diez libros de Fortvna d'Amor*, Barcelona, Pedro Malo, 1573, aparecen varios motivos aislados que parecen proceder de la lectura de la novela griega: la huida marítima de los dos amantes, interrumpida por la batalla contra unas naves árabes en el libro IV; y el segundo viaje marítimo del protagonista, durante el que atraviesa una borrasca que está a punto de culminar con la arribada a Argel (libro VII). La descripción de la tormenta no oculta su origen tópico: «conuertiendo sus ondas en altísimos montes y profundos valles» (fol. 207 v.º), estilemas propios de la narrativa de tradición bizantina como ha demostrado J. L. Flecniakoska, «Le thème de la tempetê maritime et son rôle dans la littérature romanesque du Siècle d'Or», *Estudios dedicados al profesor E. Orozco Díaz*, Granada, Universidad, 1979, pp. 485-492.

APÉNDICE

Argumento del traductor a los lectores (fols. 2 - 2v.º)

De varios caminos que en mi peregrinación he passado, he visto differentes casos acontecidos: vnos de temor, otros de amor, otros del maldito celo causados, de yra, de cobdicia desordenada; también he notado sus fortunas de desleales damas, de oluidados varones, de fementidos moços y tramadoras hembras; he notado sus enredadas marañas de continentes religiosas y de castos sacerdotes, y de humildes frayles noté sus aficiones y desseos. He también mirado en las syluestres majadas, las delicadas cantilenas y enamorados r[e]quiebros de los pastores. En las labradas viñas y rayados baruechos donde están los multiplicados trigos, he visto los coloquios amorosos en los crescidos sudores de los labradores y villanos. En las pequeñas veredas y anchos caminos, los motes y cantares de los fatigados caminantes. En los cerrados puertos y anchas playas, crescidas ondas, las amorosas sperançes enlos fortunosos rumbos de nauegantes. En las sonorosas cauernas, valles y peñas y cerros encumbrados, las syluestres animalias en amorosa compañía encendidas. En los árboles y matas y mudables / elementos del ayre, las aues y sauandijas errantes. En las aguas y fuentes, los peces y reptilias mouedoras de las claras lymphas. En todo el orbe mundano miré la criatura que amor con amor pagaua. Y ninguno hallo semejante a la lealtad, fe y amorosa limpieza con que los verdaderos amantes Theágenes y Chariclea en nuestros tiempos se mostraron y florecieron: ella, hurtada del lecho y tiernos pechos de su madre; y él, hurtado de la ilustre Grecia y generosa casa de su padre. En cuya vida y discurso de afortunado camino se muestran notables y varios trabajos con limpieza, lealtad y firmeza sufridos, para exemplo delos desenfrenados que al presente se gouiernan por sola ociosidad y deleyte.

Y aunque esta historia salteadamente comiençe con vna manera de admiración, y lleue el ánimo suspenso hasta el quinto libro, fue color rhetórico y sophístico que vsó Heliodoro, su primero author que en griego la escriuió. Y en partes es más apazible tal estilo, por lleuar siempre al entendimiento desseoso del fin y sucesso de lo que nuestra historia va narrando, en cuyo remate, a los leales y castos amadores el amor les promete el próspero fin que estos amantes tuuieron. El que lo leyere con sentido atento, lleuará exemplo agradable, gozando de suaue historia que, aunque fingida, en dos ilustres de nuestros tiempos se mostró verdadera. Vale.

JAVIER GONZÁLEZ ROVIRA
I. B. Sales. Barcelona